



La crisis, la UE, y el euro

La actual crisis global podría representar el mayor desafío económico e institucional que haya tenido que enfrentar la Unión Europea (UE) desde su establecimiento en 1993. Este enorme bloque de integración, sucesor de la antigua Comunidad Europea creada en los años 50 del siglo pasado, cuenta con 27 Estados miembros, distintas culturas, religiones, 23 idiomas oficiales y la economía más grande del planeta. No obstante, en la actualidad afronta una situación sumamente delicada, pues la estructura institucional de su sistema fiscal obstaculiza la posibilidad de encontrar una salida rápida a la actual crisis económica.

Tal como sucede en el caso de EEUU, los 15 Estados miembros de la Eurozona, subconjunto de la UE, no pueden optar por manipular el tipo de cambio para encontrar una salida expedita a la crisis, pues, por acuerdo, éste es igual a 1 y se encuentra irrevocablemente fijo. Esto es, los Estados miembros de los EEUU y la Eurozona comparten respectivamente una moneda única, en el primer caso el dólar estadounidense y en el segundo el euro.

A pesar de las similitudes, desde el punto de vista de la política económica, existe una diferencia fundamental entre la Eurozona y EEUU capaz de explicar por qué será más difícil superar la crisis en el viejo continente: mientras en EEUU el presupuesto federal es relativamente grande y mucho mayor a los presupuestos de cada uno de los Estados miembros, en el caso europeo sucede todo lo contrario. Las diferencias culturales, idiomáticas, religiosas, los conflictos históricos y, sobre todo, los problemas de identidad política han impedido el establecimiento de un presupuesto fiscal federal de la dimensión necesaria para resolver los problemas de estabilización macroeconómica característicos de momentos críticos como los actuales.

Pongámoslo de otra forma, los estadounidenses están dispuestos a pagar impuestos a la Federación y permitir que ésta distribuya y transfiera discrecionalmente recursos presupuestarios hacia aquellos Estados miembros más necesitados o, en la actualidad, mayormente afectados por la crisis. Pero los europeos no están dispuestos a hacer lo mismo. En otras palabras, el neoyorquino promedio, por ejemplo, está dispuesto a pagar, y de hecho paga, impuestos al Gobierno Federal aún sabiendo que gran parte de éstos serán redistribuidos hacia otros Estados de la Federación, pero el alemán promedio no está dispuesto a hacer lo mismo para beneficiar a los franceses, españoles, italianos o cualquier otro gentilicio europeo.

Adicionalmente, contrario al caso estadounidense, en el de la UE existen restricciones fiscales extremadamente arbitrarias capaces de dificultar aún más la recuperación de la crisis. En particular, se destacan aquellas emanadas del Pacto de Estabilidad y

Crecimiento adoptado en 1997 las cuales obligan a cada uno de los Estados miembros a que el endeudamiento público converja en el tiempo a un máximo de un 60% del PIB, manteniendo en promedio presupuestos balanceados o, en su defecto, déficits fiscales temporales no superiores al 3% del PIB.

En resumen, dada la incertidumbre financiera y económica global, es menester que las autoridades de la UE den fin de una vez por todas a su obsesión por las prácticas fiscales conservadoras, las cuales sólo le auguran a Europa una crisis mucho más profunda y extensa, así como un debilitamiento de sus instituciones entre las cuales destaca el euro, moneda que en el 2009 bien podría llegar a valer menos de 1 dólar. La UE debe fortalecer su presupuesto y Gobierno Federal, comenzando por librarse de las restricciones ortodoxas que tanto daño le han hecho al proceso de integración más pacífico, libre y democrático que, hasta el momento, haya conocido la humanidad.

Visitante académico en el
New School University, NY, EEUU
Profesor del CENDES/UCV
[http://www.angelgarciabanchs.com/
opinion@angelgarciabanchs.com](http://www.angelgarciabanchs.com/opinion@angelgarciabanchs.com)

http://www.eluniversal.com/2008/11/24/opi_art_la-crisis,-la-ue,-y_24A2140021.shtml

